

SERMON MORAL.

LA FÉ EN JESUCRISTO ES NECESARIA PARA SALVARSE.

Novissime diebus istis locutus est nobis in Filio, quem constituit hæredem universorum.

Últimamente en estos días nos habló en el Hijo, á quien hizo heredero de todas las cosas.

(HEBR. EOR., cap. 1, vers. 2.)

Por fin ¡Dios santo! sonó la hora en que vuestra justicia y vuestra misericordia van á ponerse en juego; vuestros tesoros acaban de abrirse para que el pecador no tenga más que alargar su mano y tomar cuanto necesita para enriquecerse; los libros de los tiempos se han desarrollado para escribir en ellos la embajada de paz que dirigís hoy á esta ciudad, sin acompañarla de las amenazas con que hablárais en tiempos antiguos, por medio de Jonás, á una ciudad licenciosa. Tu voz dulce y cariñosa nos convida para que nos acerquemos á Tí, y compremos, sin permutacion alguna, el vino y la leche de tu gracia divina, que nos ha de alimentar y fortificar: oyendo estoy esos ecos amorosos con que pides al impío que abandone sus caminos, y al inícuo para que renuncie á sus pensamientos erróneos y se convierta á Tí, para apiadarte de su fragilidad y miseria. Tal es, amados míos, el grandioso espectáculo que hoy se descubre á nuestra vista, al empezar mis tareas evangélicas, al anunciaros la santa mision.

¡Ah! Si aún teneis fé, elevad por un momento vuestras miradas al cielo; en trono de esplendentes y apacibles nubes está sentada la Majestad divina con los brazos extendidos y el corazón abierto, dirigiéndoos una mirada de amor y de piedad; su alma se contristaría si no quiéreis corresponder al amor que os manifiesta: todo su deseo está reducido á estrechar entre sus brazos y seno al desventurado pecador; tenía en su mano la espada vengadora para descargarla sobre los hombres criminales, y en este momento acaba de arrojarla. «Paz, dice, paz sea dada á los hombres de buena voluntad: abrid, dice á sus ángeles, abrid los libros de la vida, escribid en ellos los nombres de cuantos habitan en esta ciudad, pues quiero salvarlos; preparad las más preciosas estolas de la gracia, pues quiero hermopear con ellas á mis hijos, que por muchos años han estado léjos de Mí, pero que van á volver al lado de su Padre; preparad también hermosas coronas, enseñadlas á los pecadores, para que se animen á merecerlas. Me han agraviado los hombres; me han despreciado, han irritado mi justicia; pero me acuerdo de que el hombre es polvo, de que sus días son como la flor del campo, de que su naturaleza es frágil, de que su corazón está inclinado al mal, de que su carne lo arrastra hácia el pecado: Yo no puedo decidirme á condenarlo; es mi imágen, es mi criatura predilecta; Yo me he hecho semejante á él en la naturaleza humana; quiero perdonarle, quiero hacerle partícipe de mi amistad, para que vivamos juntos por toda la eternidad.»

Al dulce sonido de esta voz que nos convida con remision y misericordia, ¿quién no responderá? ¿Quién será tan ingrato contra Dios, tan cruel para consigo mismo, que desprecie los servicios amorosos y la dicha eterna que se le ofrece? Si así sucediese, temblemos; al lado del trono de misericordia están los santos ángeles escribiendo en el libro de la vida los nombres de los que

se conviertan á Dios; aquéllos que no se hallaren escritos en estas páginas imperecederas, serán presa de la muerte eterna. Yo, por mi parte, no podré ménos de llorar si, despues de arrojar la semilla de la predicacion, veo que no da fruto, por haber caido entre corazones de piedra. Pero sabed siempre que no serán infructuosas nuestras fatigas; nos cansaremos en el cuerpo, pero se fortalecerá nuestro espíritu; sudaremos, y cada gota será un diamante con que Dios labrará nuestra corona. No nos arredra el mundo, ni temeremos anunciar la verdad con toda claridad; defenderemos el dogma y explicaremos la moral pura de la Religion, descubriendo los excesos que se cometan contra ésta y los errores que se propalan contra aquél.

Os he dicho que Dios está convidándonos con amor, que su voz nos llama al perdon; mas ¿qué voz es ésta para que la sigamos? Es la voz de Jesucristo, en quien hemos de creer y esperar; sólo esta voz puede guiarnos en el laberinto del mundo. Sobre esta voz ved lo que dice el divino Pablo: «Hablára Dios muchas veces y de mil modos por los Patriarcas y Profetas, hasta que, llegada la plenitud de los tiempos, nos habló por su mismo Hijo, á quien hizo heredero de todas las cosas.» ¿Cesó acaso de hablar este Hijo de Dios? No; habla por los Apóstoles, habla por la Iglesia, habla por sus ministros, habla á cada uno por inspiraciones interiores y continuas de su gracia; mas para percibir los ecos de su voz es necesario tener fé y creer en sus palabras. Voy, pues, á empezar poniendo á vuestra vista el gran fundamento que plantó Jesucristo, fundamento que nadie puede mudar ni derribar, y hé aquí mi proposicion: «Nadie puede salvarse sin la fé de Jesucristo.»

¡Dios Omnipotente! Ahora es el momento en que debe cumplirse que Vos escogéis lo más débil del mundo para confundir á toda ciencia que se eleve contra tu sa-

biduría divina ; ahora debo yo pensar que al encontrarme al frente de un pueblo á quien debo instruir y reprender, no me he de servir de los artificios de la elocuencia mundana, sino de la fuerza de la palabra divina, que Vos dais á los que deben atacar el vicio y confutar el error. ¡Ah! Por medio de uno de esos ángeles que os asisten, purificad mis lábios y robusteced mi espíritu para anunciar sus excesos al pueblo que me oye, y convertirlo á la observancia de tu santa Ley. No tengo mérito alguno para pedir este favor ; pero grandes son los méritos de tu Hijo, grandes los de la excelsa María, á cuyas plantas me pongo implorando su proteccion.

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

Siempre ha sido tenida por un absurdo la pretension de afirmar que puede el hombre vivir sin creencias; y más absurdo es todavía el afirmar que las creencias puramente emanadas de un hombre, por sábio y aventajado que sea, puedan ser suficientes para dar al entendimiento humano toda la elevacion y grandor de que es susceptible. Uno y otro absurdo fué visto por los filósofos y herejes, palpándolo en sí mismos y en los demás hombres. ¡Qué! ¿No leyeron la historia de cada pueblo y nacion sin encontrar una sola que no tuviese un culto, ora verdadero, ora falso? ¿No vieron en sí mismos la repugnancia con que seguian las huellas de otros filósofos más antiguos que ellos, cuyos argumentos no satisfacian á su razon, cuyos racionios tenian alguna laguna, y cuyas opiniones tenian alguna parte de verdad, parte de mentira? ¿No han sorprendido los sábios modernos á los anti-

guos en mil asertos disparatados, que sus autores defendieron con el calor más vivo? Sin embargo, se ha pretendido enseñar al mundo que puede prescindir de la Religion; y para que la proposicion no chocase demasiado al buen sentido comun, la impiedad tomó sus medidas y calculó su ataque contra el cielo. Su arma ha sido cortante y pesada, aguda y eficaz, pues ha herido los entendimientos, no sólo de los ignorantes, sino áun de los mismos sábios. Cuál haya sido esta arma, apenas lo ignora nadie en este siglo; la duda ¡ah! con que la filosofía consiguiese que dudasen los hombres de la doctrina que se les enseñó en su infancia, tenía dado ya un gran paso; para sembrar en la tierra la semilla de la incredulidad, salió al fin al campo esa tea incendiaria; los hombres dudaron, y de la duda se pasó á la discusion, de la discusion al error; se racionó, se inventó, y de tal modo fueron presentados los pasos más sagrados de la vida del Redentor, que el objeto más amable, más benigno, más santo y benéfico fué tratado con el nombre de infame; y á tanto exceso llegó la locura filosófica, que se señaló el año en que la Religion caeria, en que Dios sería juzgado, y hasta fué señalado el héroe que pondria el epitafio á la hija del cielo, ya difunta y concluida, como si fuera un objeto material y corruptible. (Cartas de Voltaire á D'Alembert.)

¡Parasismo de la demencia filosófica! ¡Embriaguez de unos cuantos vapores ofrecidos á la razon humana! ¡Qué! ¿Podemos dudar de la religion de Jesucristo sin merecer ser conducidos á esas casas benéficas donde es curada la desorganizacion cerebral? Esperaban un Redentor todos los pueblos de la tierra, y lo esperaron por cuatro mil años; en esto no es posible dudar, á no ser que reduzcamos á fábulas todas las historias del género humano, á no ser que llamemos dementes á todos los pueblos antiguos, á no ser que tengamos por ilusos á cuantos nos han precedido, y en ese caso tendríamos tambien

razon para dudar de nuestra propia existencia; tendríamos accion á dudar de todo lo que condenára hasta el indio más bárbaro de los Andes. Hace, pues, ya cerca de dos mil años que nadie espera á este Redentor. ¿Podremos dudar de que apareció? ¿Podremos olvidar lo que hizo entre los hombres, las máximas que les enseñó, las leyes que les dió? No es posible: la doctrina de su aparicion ha echado raices tan hondas en la humanidad; los preceptos que selló con su sangre han impregnado de tal manera la misma esencia humana, que diez y nueve siglos de revoluciones, de persecuciones, de errores, de sangre, de vana filosofía, de sofismas y cavilaciones contra ese Jesus, contra su doctrina, contra sus secuares y contra su Iglesia, no han podido mudar ni un sólo ápice de cuanto Él enseñára.

Entremos de lleno en el asunto: examinemos quién era este Jesus, la época en que vino al mundo y las doctrinas que enseñó, y de ello deduciremos dos grandes verdades: primera, que no podia ser puro hombre, sino hombre y Dios; segunda, que, efectuada la revelacion que esperaban las naciones todas del globo, es de absoluta necesidad creer en Él para salvarse.

¿Quién era Jesus? No os introduciré en la narracion de su vida presentándoos el admirable cuadro de su genealogía temporal, descrita por San Mateo, genealogía que tiene entre sus ascendientes mil testas coronadas, mil Patriarcas y hombres célebres que en línea recta van á parar á Adán; tampoco repetiré la sublime primera página del Evangelio de San Juan, en que se refiere su generacion eterna, no teniendo otro ascendiente que el Eterno Padre, siendo coeterno y consubstancial con Él, origen, principio y causa de cuanto existe; ni tampoco os lo describiré con los pomposos y verídicos epítetos que le da el divino Pablo, llamándolo candor de la eterna luz, figura de la substancia divina, y que soporta sobre

su dedo todas las cosas, sentado como está á la diestra del Padre en las alturas. Voy á tomar en mis lábios aquello que la filosofía incrédula ha encontrado en Jesus como más vil, abyecto y despreciable, de lo que se ha servido para vomitar sarcasmos y llevar de ese modo la duda á todo entendimiento. El nombre y las creencias de Jesus han penetrado en todas las regiones de la tierra; cuarenta años despues de su muerte fuera anunciado en el Asia, en la Iliria, en el Ponto, en la Capadocia, en Bitinia, en las Galias, en la Iberia, en el Africa, en Egipto, en el Indostan, en la Persia, entre los parthos y medos, y en cuantos países eran conocidos. Al llegar á estos puntos, los evangelizadores mandan callar á los ídolos, enmudecen los pitones y agoreros, los encantadores y magos: ordenan á los Emperadores y Senados que doblen su rodilla ante un pedazo de leño puesto en forma de Cruz, les prescriben las ordenanzas más opuestas á cuanto hasta entónces practicaban. ¡Qué arrojo! ¡Qué temeridad! ¡Qué locura! ¿Quién es ese Jesus que así manda á los hombres? ¿Quiénes esos hombres que llevan su noticia á toda la tierra? ¡Ah! Es un judío. Bastaba este solo nombre para hacerlo detestable; judío, en la época de la aparicion de Jesus, valía tanto como fanático, supersticioso, usurero, grosero, bárbaro, vil y abominable; el Capitolio y el Areópago sancionaron estas denominaciones en las asambleas de sus sábios. Sin embargo, el nombre era disimulable: toda nacion tiene sus héroes: Jesus ha podido frecuentar las escuelas, correr las naciones, visitar las córtes, aprender la filosofía de Atenas, la industria del Egipto, la política de Roma, y despues de sus grandes estudios ha podido meditar la gran empresa de moderar las naciones con sus leyes. Nada de esto: Jesus ha tenido un nacimiento despreciable, en un establo de animales; una niñez desconocida, una juventud sin lustre; es hijo de una doncella pobre; su educacion se ha hecho en

el taller inculto de un mísero artesano; peor todavía: al cumplir treinta años, pasados en la oscuridad, empieza á viajar por una provincia insignificante: unos cuantos hombres del bajo pueblo le acompañan en sus excursiones, y estos hombres no saben más que componer redes, manejar botes de pescador, siendo groseros, ignorantes, rudos, y, por fin, pobres, que es lo más desgraciado entre los hombres; peor todavía: á los tres años de sus peregrinaciones cae sobre él la fuerza del gobierno de la provincia donde vive, lo apresa, lo encadena, lo encarcela, lo presenta á los tribunales, lo trata de perturbador, de rebelde, de sacrílego y de facineroso, lo condena al último suplicio, lo crucifica, y muere entre dos asesinos, como si fuera peor que ellos.

Hé aquí, señores, una parte de la historia de Jesus sacada de los Evangelios, parte creída y comentada á su modo por la filosofía incrédula, quien, por una inconcebible contradicción, tuvo á bien creer las que ella llama infamias, negando las innumerables glorias que la misma historia refiere. Pero sea así, como pretende la ciencia carnal: ¿es posible que el mundo haya doblado su cerviz ante un hombre vil por su nacion, oscuro por su nacimiento, infame y vituperable por su muerte? ¿Y el Emperador, el príncipe, el general, el filósofo, el doctor, la noble matrona, han de inclinar su frente á una cruz de madera? ¿Y el género humano daría su nombre á un infame, alistándose en el cuerpo que formaría un proscrito, un condenado por la espada del magistrado? ¡Ah! Es preciso convenir que un sér de esta especie es Dios; y si no lo fuera, el creer en Él sería un absurdo, su empresa misma sería justamente tachada de demencia, de sueño, de delirio. Traed á vuestra memoria los hombres más grandes de la antigüedad, los legisladores de los pueblos primitivos, los San Moniatones, los Ocelos-Lucanos, los Platones y Licurgos del Oriente, los druidas del Occidente: ¿hay

alguno que pudiese hacer lo que ha hecho Jesus? Ellos recorrieron la tierra y fueron ensalzados en los pueblos, tributándoles homenaje los Monarcas mismos. ¿Pudieron acaso mudar las creencias de la humanidad? ¿Pudieron establecer la moral en los pueblos? ¿Hay hoy día memoria de estos hombres? ¡Qué contraste! Jesus no conoce otra poblacion que Nazaret; Nazaret, de donde sólo por milagro podia salir nada bueno; no es tampoco conocido de los hombres hasta el fin de su vida; en los pocos años de su mision pública se le declaran enemigos los principales de su nacion; al fin lo sacrifican al anatema y animadversion del mundo; los pocos discípulos que ha formado tienen contra sí á toda la tierra; Emperadores, Senados, prefectos, cónsules, legiones, sábios, pueblos, todos se conjuran contra ellos, los asierran, los apedrean, los arrojan en hornos encendidos, derraman su sangre, y estos esfuerzos no tienen otro resultado que el de convertirse el mundo á la Religion de un hombre que muere como un infame. ¿Qué orden de cosas es éste? ¡Qué! ¿Para subir á la gloria no ha de haber otra escala que la ignominia? ¿Por caminos contrarios se llega al fin que uno se propone? Pero acabemos de decir en dos palabras quién es este Jesus; ha nacido en un vil establo, mas en él ha sido adorado por todos los ángeles, secundando estas adoraciones el pastor rudo de Belen y el sábio de Oriente; ha nacido entre los hombres, y su Madre es una vírgen, fecundada por virtud divina; ha caído en manos del poder secular, mas Él mismo se ha ofrecido, y en medio del tumulto de los agresores ha contenido las furias del soldado, el heroísmo del discípulo, y ha sanado á un herido. Ha sido condenado á muerte, pero el mismo juez que lo manda al suplicio ha protestado contra la violencia del populacho, declarando que él no tiene parte en esta determinacion. Ha muerto en una Cruz; pero la tierra ha temblado, el cielo ha llorado, los peñascos se han hendi-

do, los sepulcros se han abierto, y los mismos sayones y satélites han gritado que aquel hombre era Dios; ha sido enterrado poniendo guardias al sepulcro, pero éstos mismos centinelas han confesado que un terremoto ha sobrevenido, que han bajado los ángeles del cielo, que han levantado la losa, que el cadáver no existia, que huyeron ellos como muertos cuando de entre las pesadas losas vieron salir triunfante al que tres dias ántes vieran morir despedazado por los azotes y clavos, y sin tener gota de sangre en sus venas.

Hé ahí un hecho bien portentoso; la Cruz de Jesus gana sucesivamente toda la tierra; la choza del pastor, la tienda del soldado, las cúpulas del Capitolio, los tronos de los Césares, los obeliscos de los vencedores flamean con el sagrado estandarte, y hasta sobre las mismas diademas que cubren las sienes de los Príncipes brilla este signo de salud. ¿Cómo tan rápida conquista? ¿Cómo han doblado su cerviz el orgulloso latino, el presuntuoso griego, el mentiroso creta? ¿Acaso ha enseñado Jesus una doctrina conforme al genio de cada nacion, al gusto de los grandes, á los caprichos de los pueblos, ó á las inclinaciones del hombre corrompido? Muy al contrario: la doctrina que predica está en oposicion con el fastuoso aparato de Roma, con el lujo y vanidad del Asia; Jesus predica contra todas las pasiones y contra todos los dioses falsos; Reyes y pueblos, filósofos y sacerdotes, han de oír una voz que les diga: «Vivís en el error.» Ya veis, amados míos, que el combate es desigual infinitamente: un hombre solo sale á la arena contra todos los demás; si es hombre puramente, por necesidad ha de sucumbir. Mas ¿quién vence? ¿Quién es vencido? Luégo lo vereis.

La teología pagana presentaba un símbolo lisonjero, tomado del fondo de las pasiones más arrastradoras. No habia vicio alguno que no tuviese su dios en el Panteon, ni crimen que estuviese sin ara, sin sacerdotes y ritos pe-

culiares; allí el raptor, incestuoso y adúltero Júpiter; allí la cortesana y voluptuosa Vénus, el tirano Marte, el intemperante Baco, el ladron Mercurio, con otros tantos dioses llenos de crápulas y homicidios; toda torpeza y disolucion encontraba su apoteosis en las sórdidas aras del paganismo, y daba valor á los hombres para ser malos sin temor ni pudor. No es extraño que la idolatría tuviese tan dilatados dominios, porque despues hemos visto el inmenso terreno que han ganado las sectas que han dado por toda ley el ensanche de las pasiones y de la libertad. Sí, amados míos: los vicios que se divinizan, los dioses que se embrutecen y materializan, tendrán siempre un gran partido en el corazon corrompido del hombre. Mas ¿cuál es la Teología de Jesus? ¿Qué dogmas y qué moral presenta á los hombres así embrutecidos, á los hombres orgullosos en sus errores? Una moral purísima, contra cuyos preceptos se han de levantar simultáneamente todas las pasiones de uno á otro polo; unos dogmas incomprendibles, que exigen el sacrificio de la opinion de cada uno; unos dogmas abstractos, contra los cuales van á ponerse en accion todas las preocupaciones de los pueblos y todas las argucias de los sábios. Decid á un mundo educado entre placeres sensuales que espiritualice sus ideas, elevándose hasta el Sér Divino, que deje la tierra, á los hombres y á sí mismo; decidle que tome la Cruz y siga las huellas de un hombre que ha vivido en la pobreza y muerto entre los tormentos; decidle que haga cruda guerra á sus más tiernos afectos y dé un corte radical á las inclinaciones de su corazon; decidle que vuelva bien por mal, amor por odio, bendicion por maldicion; decidle que presente su mejilla derecha al que le haya herido la izquierda, que dé su capa al que le haya robado el vestido, que vaya mil pasos más con el que le haya arrastrado ciento; no le prometais, en cambio de la abnegacion y humildad evangélicas hasta entónces no oidas, sino pobre-